

SAN PEDRO, PESCADOR

SAN Pedro era igual que un amigo que tuve en la tierra, en Balerna, y que tiraba de los copos con más fuerza que dos hombres juntos. Uno ve a San Pedro y dice: *Este es un hombre sano. Cuando me acercaba a él, decía:*

—¿Ya estás aquí, Antonio Prieto?

—No puedo evitarlo, San Pedro.

Entonces San Pedro sonreía y su sonrisa le llenaba el rostro de peces, igual que cuando pescaba en el mar de Tiberiades y se le daba bien.

—Anda, vete a otro sitio, Antonio Prieto.

—¿Es que no me dejas fisgar?

—No, no puedo, tengo mucho trabajo.

—Es sólo un poco, San Pedro.

—¿Un poco? —Y dudaba—. No, luego preguntas y preguntas y quieres saber cómo se llaman los que entran y qué hicieron. Anda, vete por ahí.

San Pedro se volvía y continuaba en su trabajo. Pero yo no me iba, era desobediente como un niño y miraba a todos los que pasaban. Luego, se volvía y me encontraba allí aunque él ya sabía que no me había ido.

—¿Aún estás, ahí, Antonio Prieto?

Yo bajaba un poco la vista y él añadía:

—Voy a tener que regañarte.

Pero yo sabía que no me regañaría, que San Pedro estaba contento de tenerme allí aunque era verdad que le distraía un poco en su trabajo.

—¿Es que no te acuerdas, San Pedro?



—¿De qué?

—En la tierra yo era escritor.

—Bueno, pero ya no estás en la tierra.

—Pero era escritor, ¿no? Igual que tú pescabas en el mar de Tiberiades.

—Sí, eso es. Y ahora es distinto.

—Es que no te fijas, San Pedro. Uno puede dejar de pescar, pero no puede dejar de ser escritor.

—¿Sí? ¿Es eso lo que piensas, Antonio Prieto?

—Eso es.

—¡Pues te equivocas! ¿Es que crees que a mí no me gustaría echar las redes alguna vez? ¡Vaya si me gustaría!

—¿Y por qué no se lo decimas a Dios y nos vamos un día? Yo conozco una playa que...

—Estás loco, Antonio Prieto, completamente loco. Anda, vete y no digas más absurdos. Vete, hombre.

San Pedro volvía a sonreír y era como si por sus ojos asomaran dos boquerones nadando. Y se volvía porque quizás fuera cierto que yo había dicho un absurdo. Quizás. Pero yo creo que aquello de pedirle permiso a Dios para irnos a pescar era una idea que a San Pedro le gustaba mucho.

Yo, de veras, os deseo que algún día veáis a San Pedro. Es un hombre estupendo. Os aseguro que dan ganas de ser niño, de tener siete años y de jugar con él. Siempre da la impresión de que se va a dejar engañar para que juguemos mejor. Uno lo ve y entonces sabe que es una solemne tontería hacer cualquier cosa mala.

Yo me quedaba detrás de él fisgando. Algunos de los que pasaban se me quedaban mirando y yo les sonreía. Cuando llevaba un buen rato y veía un claro, le decía:

—Bueno, San Pedro, ya me voy.

—¡Vaya! —Y volvía a sonreír y sus barbas se movían como si por entre ellas nadaran chanquetes— ¡Ya era hora de que te fueras!

—¿Es que no me quieres, San Pedro?

San Pedro, entonces, se acercaba a mí un poco.

—Sí, claro que te quiero, Antonio Prieto, pero eres desobediente, testarudo y me dices cosas absurdas.

—Bueno, me voy. Pero sigo siendo escritor.



—¡Y yo Pedro, el pescador!

Y me iba por ahí, por entre las nubes, la mar de feliz porque podía ir de un sitio a otro sin pagar billete y sin llenarme de carbonilla o de humo. De vez en cuando me cruzaba con un alma y le preguntaba su nombre. Y si era de otro tiempo distinto al mío hablábamos y hablábamos de cosas de la tierra porque aún teníamos tierra en los huesos.

Algunas veces me acercaba a San Pedro sin que él se diera cuenta. Se volvía y exclamaba:

—¿Ya estás aquí otra vez, Antonio Prieto? Un día te daré un puntapie y te mandaré a la tierra dando vueltas.

Pero apenas decía esto empezaba a sonreír y su sonrisa era como la cola de un pez japonés que borrara las palabras. Era cuando yo hablaba.

—San Pedro, he encontrado un alma estupenda.

—¿Sí?

—Sí, y tiene una vida magnífica para escribir una buena novela.

—¿De veras?

—¡Palabra!

—Vaya, vaya...

—¿Es que me estás tomando el pelo, San Pedro?

—No, no, Antonio Prieto. Sólo que aquí, ¿quién va a leer tu novela?

—Tampoco en la tierra se lee mucho, no creas.

—Sí, pero aquí tu novela no es ninguna novedad y la conocen perfectamente. ¿Es que aún no comprendes que has salido de la tierra?

—Sí, ya comprendo.

Entonces, San Pedro se acercaba a mí y dejaba su mano sobre mi cabeza y yo percibía un olor hermoso de redes, brea y mar.

Recuerdo que una vez me acerqué a San Pedro con una voz demasiado humana. San Pedro lo notó en seguida porque mis palabras oían a tierra. Pero no dijo nada quizás porque mi tierra tuviera una cierta limpieza. Yo quería hacerle una proposición.

—San Pedro, tú estás en muy buena armonía con Dios, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—¿Y no te gustaría ser editor?

—¿Editor? ¡Estás loco, Antonio Prieto, completamente loco! ¿Tú sabes lo que es un editor?

—¡Claro que sí! El primero que tuve se llamaba Lara y, a su manera, era una estupenda persona.



—¿Pues estás loco! ¿Cómo voy a ser editor?

—Cálmate, San Pedro, cálmate. Acuérdate de cuando tenías paciencia con los pecadores y cálmate.

—Muy bien, ya te escucho.

—Verás mi proposición: Todo consiste en que tú le digas a Dios que le quite un poco de sabiduría a las almas y así no podrán saber lo que voy a escribir.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Después, buscamos a un par de impresores y tú te conviertes en editor y yo podré escribir mis novelas.

—¿Y no quieres más, Antonio Prieto?

—No, nada más. ¿Es que no te parece bien?

—¡No!

—¿Por qué, San Pe...

—¡Vete! ¡Vete de aquí antes de que olvide mi paciencia con los pecadores! ¡Vete, loco!

Y tuve que irme porque aquella vez, sólo aquella vez, la sonrisa de San Pedro tardaba un poco en aparecer.

Al principio, yo no comprendía que San Pedro se hubiera puesto tan serio. Porque la verdad es que yo no pretendía ni dinero ni fama. De verdad. Era que sentía ganas de escribir, sólo eso, la misma necesidad que en la tierra. Luego empecé a comprenderlo.

Unos días más tarde volví junto a San Pedro. Le dije:

—Bueno, San Pedro, ya no quiero escribir novelas.

San Pedro se volvió y otra vez vi su sonrisa. Pero había algo misterioso en sus ojos, algo que tenía un color intenso a mar. Dijo:

—A veces, pienso que no estás tan loco.

Yo no entendí mucho sus palabras y seguí la mirada de sus ojos. Estábamos mirando a un grupo de doce hombres que acababan de entrar y que aún tenían forma de hombres. Llevaban las ropas mojadas, rotas, y sus rostros, sin afeitar, parecían muy cansados.

—¿Quiénes son, San Pedro?

—Acaban de ahogarse.

—¿Todos?

—Sí, los doce. Iban en una barca llamada «Virgen del Carmen» y el mar los envolvió. Eran unos buenos pescadores.

—¿Cómo tú?



—Algo así.

Volví a mirar los ojos de San Pedro y los ví más cargados de mar que nunca, con un mar algo triste e intencionado.

Pasaron más días y yo iba todas las mañanas a ver a San Pedro. Pero últimamente estaba un poco raro, como si pensara una cosa importante que no se atrevía a decirme. Empecé a notarlo porque ya no me decía que me marchase o que estaba loco. Su voz era como un pez que llevara mucho rato fuera del agua. Me saludaba:

—Buenos días, Antonio Prieto.

Y luego se callaba, no era como antes.

Una mañana me acerqué a su lado. Después de saludarme, dijo:

—Ayer no entró nadie y podía haberme librado de venir.

Después se calló. Tampoco aquella mañana entraba nadie, no aparecía ninguno subiendo por el camino. Estábamos en silencio y yo me hallaba preocupado por San Pedro. Entonces dije:

—¿Te ocurre algo?

—No, no.

Y lo dijo con una voz extraña que no parecía suya.

—Anda, cuéntame qué te pasa, San Pedro. Soy tu amigo, ¿no?

San Pedro me miró fijamente y sus ojos empezaron a ser como antes, a tener el brillo de las escamas y yo me alegré y animé con mi alegría sus ojos de pescador.

—¿Sabes, Antonio Prieto?

—¿Qué, San Pedro?

—Aquella idea tuya de irnos a pescar me ha estado bailando en la cabeza todos estos días.

—Era buena, ¿verdad?

—Sí, muy buena. ¿Tú crees que Dios...?

—¡Yo creo que sí!

—¿No se enfadará Dios con nosotros?

—No, seguro que no. ¿Le hablamos?

Dudó un poco y luego dijo:

—Vamos. Pero como me regañe por culpa tuya no volveré a dejarte hablar. Esto... esto quizás no sea serio y Dios piense que...

—¡Vamos!

Ibamos caminando muy contentos y con un poco de miedo y era hermoso ver a San Pedro, tan grande, con su enorme barba, ir con la



alegría más infantil del mundo. Llegamos ante Dios y Dios nos esperaba con una sonrisa.

—Señor

—¿Qué hay, Pedro?

—Es... tal vez sea una locura, pero yo...

Dios empezó a reirse, se reía muy contento de vernos allí. Y dijo:

—Pero, Pedro, ¿no se te habrá olvidado pescar? Hace ya mucho tiempo que dejaste de hacerlo. ¿Sabrás pescar todavía?

—¡Claro que sabré, Señor! ¡Claro que sabré!

Y fuimos a pescar a un pueblecito llamado Balerna.

Y aquel día no se murió ningún hombre bueno en la tierra, porque San Pedro no pudo abrir las puertas.

